

MALDITA FELICIDAD

-Gonzalo Campos Suárez-

Personajes:

MARCOS

ANDRÉS

MALDITA FELICIDAD

MARCOS *juega solo al ajedrez en una partida que se advierte avanzada. Se estruja la frente, se revuelve el pelo. El jaque está cerca. Adelanta un peón. Hace el ademán de retirar el movimiento, arrepentido, pero se detiene; engañarse a sí mismo no tiene ningún sentido. Sin perderle la vista al tablero, gira alrededor de la mesa y se sienta en la silla situada justo enfrente: ahora juega con negras.*

MARCOS: *(Sonríe, mientras realiza un movimiento.) ¡Jaque!*

Vuelve a levantarse. Se sienta en la silla opuesta.

MARCOS: *(Murmurando.) La reina, mierda...*

Se devana los sesos buscando la forma de evitar lo inevitable; pero es imposible, la reina debe ser sacrificada.

Llaman a la puerta. MARCOS se levanta a abrir. Nada más hacerlo, ANDRÉS se precipita en la estancia. Se muestra agitado. La recorre de lado a lado visiblemente intranquilo. Se agacha, se arrodilla. Busca algo. Escruta los rincones.

ANDRÉS: *No puede ser, no puede ser, no puede ser...*

MARCOS, *que sigue sujetando la puerta, la cierra y regresa a la mesa. Se sienta en una de las sillas. Observa a ANDRÉS, que continúa a lo suyo.*

ANDRÉS: *Tenía que estar aquí, no puede ser, tenía que estar aquí...*

ANDRÉS *sigue arrastrándose. No se detendrá hasta que encuentre lo que ha extraviado.*

(Silencio.)

Se da por vencido. Dirige la mirada al vacío.

ANDRÉS: *La he perdido.*

MARCOS: Ajam...

ANDRÉS: Ayer la tenía y hoy no.

MARCOS: Ayer.

ANDRÉS *asiente todavía de rodillas en el suelo.*

MARCOS: Y hoy no.

ANDRÉS *vuelve a asentir.*

MARCOS: Perdida.

ANDRES *se lleva las manos a la cara.*

MARCOS: A ver, ANDRÉS, cuándo la viste por última vez.

ANDRÉS: (*Trémulo.*) Te he dicho que ayer.

MARCOS: Es cierto, perdona.

MARCOS *se gira para seguir con la partida. Parece un autómeta.*

(*Silencio.*)

ANDRES: ¿MARCOS?

MARCOS: (*Sin mirarle.*) ¿Sí, ANDRES?

ANDRES: ¿Me has escuchado?

MARCOS: Sí, ANDRÉS.

(*Pausa.*)

ANDRÉS: ¿Y has procesado la información?

MARCOS: Claro, ANDRÉS.

ANDRÉS *se pone en pie de forma brusca.*

ANDRÉS: Llevo despertándome con ella treinta y cinco años, y hoy, por la mañana, no estaba. No estaba, ¿entiendes...? He puesto la casa patas arriba...

MARCOS: ¿Sí, ANDRÉS?

ANDRÉS: MARCOS, ¿estás drogado...? (*Pausa.*) Ayer la tenía, mientras cenábamos. Tú hablabas de... no, era yo el que hablaba... Estoy hecho un lío... Debe de estar por aquí. (*Desesperado, se acerca a MARCOS, que continúa ensimismado con la atención puesta en el tablero.*) Por favor, ayúdame.

MARCOS: ...

ANDRÉS: (*Haciendo memoria.*) Felicítaste a Yolanda por el postre y dijiste: «A esto le falta un buen espumoso.» Te levantaste y te dirigiste a la cocina. Yo estaba impaciente por contarte lo de mi estreno, pero Yolanda señaló su reloj indicándome que ya era tarde, y la pillaste: «De aquí no se va nadie hasta que acabemos la botella.» Entonces me senté frente a ti. Tuvo que ser después...

Trata de recordar. Se muestra nervioso. No consigue estarse quieto.

MARCOS: Déjalo.

ANDRÉS: ... ¿Cómo?

MARCOS: ...

ANDRÉS: ¿Cómo que déjalo? ¿Cómo voy a dejarlo?

(Silencio.)

ANDRÉS *vuelve a acercarse a MARCOS.*

ANDRÉS: Tienes que ayudarme a encon...

MARCOS: (*Agresivo.*) ¡Déjame en paz! (*Pausa.*) Déjame, ANDRÉS... Te avisé.

ANDRÉS: (*Turbado.*) ¿Te avisé? ¿Cuándo me avisaste, si se puede saber?

MARCOS: (*Serio.*) Te avisé.

ANDRÉS: Te avisé, te avisé, te avisé. ¿De qué me estás hablando?

MARCOS: ...

ANDRÉS: ¡Responde, joder!

MARCOS *le dirige una mirada fría. Niega para sí.*

MARCOS: Te llevo avisando años.

ANDRÉS: ¿Avisando de qué?

Ahora están los dos en pie.

MARCOS: Ya era hora... *(Ríe.)* ¿Qué creías? ¿A mí la vida no me toca? Siempre has sido un ingenuo...

ANDRÉS: *(Con voz calmada.)* Por qué me hablas así.

MARCOS: ¿Así...? ¿Así...? ¡Te hablo como se habla a los hombres! ¡Con el idioma de los hombres!, ¡de los hombres que pisan tierra firme! ¡Los que se levantan a las seis de la mañana para fichar en la oficina, reponer en el supermercado o limpiar lavabos!

ANDRÉS: ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

MARCOS: La has perdido porque tenías que perderla. Era crónica de una muerte anunciada.

ANDRÉS: ¿Cómo que tenía que perderla? ¿Por qué tenía que perderla?

(Silencio.)

MARCOS: No me mires así. Te lo mereces.

(Silencio.)

ANDRÉS: Verás, hermano, llevas toda tu puñetera vida aleccionándome. Esto está bien, esto está mal, esto es blanco, esto es negro... y no, MARCOS, hay matices que se te escapan.

MARCOS: Matices.

ANDRÉS: Sí, matices. *(Pausa.)* ¿Quieres que hablemos como hombres...? Tú lo has dicho, vayamos a ello: ¿Cómo te atreves a opinar sobre mi matrimonio si no eres capaz de aguantar a una mujer a tu lado una puñetera semana? Te descubriré algo: no tienes buen carácter... ¿A qué vino lo de anoche?

MARCOS: Eres un calzonazos, hermano. A tu mujer le falta ponerte la correa.

ANDRÉS: Joder, qué falso eres. Ayer se te desencajaba la mandíbula de la risa y hoy hablas mal de ella a sus espaldas.

MARCOS: No no no, querido ANDRÉS, no hablo mal de ella, sino de ti... de un fante con síndrome de Edipo que no sabe afrontar la vida con entereza.

ANDRÉS: Cállate.

MARCOS: Pero ahora lo harás. No te queda otra y...

ANDRÉS: (*Colérico.*) ¡Qué te calles!

MARCOS: Vaya, menudo torrente de voz. Haz hecho retumbar las paredes. Te viene de oficio. Eso que llamáis... “proyectar”...

ANDRÉS: (*Seco.*) Dónde se fue. Necesito saberlo.

MARCOS *gira alrededor de ANDRÉS haciendo teatro.*

MARCOS: Dónde se habrá ido, dónde se habrá ido...

ANDRÉS: Lo estás disfrutando... Mal de muchos... ¿no?

MARCOS: No seas ridículo, no me compares contigo. Eres un fracasado.

(*Pausa.*)

ANDRÉS: ¿Sabes lo que es la empatía, MARCOS...?

MARCOS: ...

ANDRÉS: Te lo explicaré. Consiste en ponerte en el lugar del otro durante un instante, un solo instante, para mirar a través de sus ojos, y luego regresar a tu sitio. La empatía, querido hermano, es el pilar que sostiene la concordia, la amistad y el amor. Lo que hace que no nos matemos los unos a los otros como animales.

MARCOS: Así que estas cosas son las que aprendes en tus talleres...

ANDRÉS: MARCOS, tú estás amargado desde hace años y me has arrastrado contigo. Pero esto se tiene que acabar. Siempre has sido un poco gilipollas, pero desde lo de mamá te has convertido en un cabrón de cuidado.

MARCOS: Cierra esa boca.

ANDRÉS: ¿Qué pasa, me la vas a cerrar tú, pedazo de hombre?

MARCOS está empezando a encontrarse tenso. Se sienta de nuevo y hace como que continúa la partida de ajedrez. No quiere ir más allá. ANDRÉS se coloca frente a él, lo observa, y de un manotazo tira las piezas al suelo.

ANDRÉS: (*Apoyándose en la mesa y mirándole fijamente.*) ¡JAQUE MATE!

MARCOS *se levanta de súbito y se le encara.*

(Pausa.)

Poco a poco se van separando.

(Silencio.)

MARCOS: Dicen que el ajedrez es una herramienta fantástica para el desarrollo del pensamiento espacial, mejora las habilidades numéricas y analíticas... A mí me gusta mucho el ajedrez. Desde siempre. Mamá me apuntó al club de ajedrez del instituto. Iba dos veces por semana: la apertura de Peón de Dama, la apertura Inglesa, el ataque Stonewall, la defensa Holandesa... Me encantaba. Pasaba las tardes encerrado en mi habitación repasando las partidas de Fisher y Spassky, de Karpov y Kasparov... Hasta que un día, mamá me dijo que tenía que dejar de asistir. ¿Por qué, mamá?, le pregunté. Y ella me respondió que lo primero era lo primero, y que debía acompañarte a esas clases de interpretación en las que te acababa de inscribir. Que aún eras pequeño para viajar solo en el autobús y que ella no podía llevarte. (*Pausa.*) Simple, no había dinero para los dos, y optó por ti.

ANDRÉS: Mamá te quería... No te portaste bien con ella.

MARCOS: ¡Y un cuerno, MARCOS, y un cuerno! Uno recoge lo que siembra...

ANDRÉS: Tú nunca has sido tan ruin...

MARCOS: Claro que lo he sido, lo que pasa es que siempre has estado concentrado en tu vida de juguete, mirándote el jodido ombligo, y ahora que se te ha desplomado el decorado puedes ver por fin el horizonte. Y es todo desierto, ¿a que sí...?

(Silencio.)

ANDRÉS: Yo llevo toda la vida dedicándome a lo que me gusta.

MARCOS: Pero qué estás diciendo...

ANDRÉS: Sí, a lo que me gusta, MARCOS. Todo lo mides en euros, hermano. Y no todo en la vida lleva asociado un valor cuantitativo. A veces es cualitativo. Siempre que te haga llegar a fin de mes, claro. Y yo, que sepamos, llego a fin de mes. Justito, con trabajo y esfuerzo, pero llego. Y soy feliz haciendo lo que hago. ¿Tú puedes decir lo mismo?

(Silencio.)

MARCOS: ¿Sabes quién es Rodrigo Zanoja?

ANDRÉS: ¿Tiene rima?

MARCOS: (Serio.) Ja, Ja. (Pausa.) Rodrigo Zanoja es un inmigrante argentino que tiene ahora sesenta años. Cuando lo del corralito trabajaba como enfermero en Posadas. Todos sus ahorros, los de una vida entera, desaparecieron. El Gobierno transformó en dólares una moneda devaluada y Rodrigo, al igual que muchos otros, se arruinó. Por entonces tenía tres hijos que aún no habían acabado el instituto. Y Rodrigo decidió emigrar con ellos a España. Trabajaría como enfermero, arreglaría su situación económica y, cuando la situación en su país volviese a la normalidad, regresaría. ¿Y sabes lo que pasó...?

ANDRÉS: No, ardo en deseos... Sorpréndeme, MARCOS, manejas los silencios mejor que Strindberg...

MARCOS: Siempre has sido un frívolo. Un frívolo y un mezquino. Este eres tú, ni más ni menos... (Lo señala.)

ANDRÉS: Será que somos hermanos entonces...

MARCOS: Será. (Pausa.) Verás, mientras tú y tu camarilla de bohemios ibais de artistas por la vida, yo monté una empresa de jardinería y le di trabajo a ese Rodrigo cuando no tenía donde caerse muerto. No consiguió que le convalidasen el título de

enfermería y tuvo que arremangarse para sacar adelante a su familia... Yo le procuré un futuro. Yo le salve.

ANDRÉS: Vaya, solo te falta el púlpito.

MARCOS: *(Ríe.)* He de reconocer que manejas la ironía como nadie.

ANDRÉS: *(Sarcástico.)* Es que soy actor. Pobre, pero actor al fin y al cabo.

MARCOS: Seguro que es por eso... Tu gran valor...

(Silencio.)

ANDRÉS *camina hasta la mesa y se sienta. Se le ocurre algo y vuelve a levantarse. Se agacha y comienza a recoger las piezas del suelo, las coloca una a una en el tablero mientras MARCOS le observa.*

MARCOS: ANDRÉS, qué haces.

ANDRÉS: Juguemos una partida.

MARCOS: No me apetece jugar.

ANDRÉS: ¿No? Qué pena... Yo lo haré por ti.

Mueve un peón.

ANDRÉS: Peón cuatro rey. Se dice así, ¿no?

Gira alrededor de la mesa y se sienta en la silla de enfrente.

ANDRÉS: ¿Sabes lo que me dijo mamá durante su ingreso? *(Pausa.)* ¿Sabes lo que me preguntó? *(Pausa.)* Me preguntó que si había sido una mala madre... Que por qué no la habías visitado todavía. Y me lo dijo llorando. *(Pausa.)* Yo a mamá solo la vi llorar dos veces: cuando lo de papá y aquel día... Mamá, cálmate, seguro que está hasta arriba de trabajo y que se acerca a verte mañana, le dije. Pero no viniste, no antes de verla muerta. Con esa cara que traías, descompuesta... Y luego pensé: es la cara de una persona culpable. *(Pausa.)* Hermano, no te soporto más. Hemos mantenido el contacto durante todo este tiempo, pero mamá ya no está, y papá tampoco. No somos dos huerfanitos abandonados en el seno de un cuento de Dickens. Es posible que en el pasado necesitáramos el uno del otro. Por miedo, por supuesto. Nunca por fraternidad. Pero ya

no. Me es grato informarte de que hoy nos han sido retirados los grilletes. Se acabó, no volveremos a vernos más.

MARCOS: Nada se acaba, ANDRÉS. Seguirás siendo el mismo conmigo o sin mí.

ANDRÉS *se levanta y se le acerca.*

ANDRÉS: MARCOS, soy actor, y me encanta. Es mi vida. ¿No recuerdas cuando jugabas al ajedrez? Pues extrapólalo. Es lo que siento cuando me subo a un escenario, me paguen mucho o poco por ello. Pero ayer ocurrió algo. Me miraste. Lo hiciste mientras te contaba el argumento de mi próxima obra. Me miraste con odio; no, no fue con odio no, fue con asco... Me miraste con asco... Y esa mirada removi6 algo por primera vez dentro de mí. Tú ayer me la quitaste... Fuiste tú, me arrebataste lo más importante, lo máspreciado que poseo: me arrebataste MI DIGNIDAD. *(Pausa.)* Pero pienso recuperarla, y para ello debo alejarme de ti, de tu influencia, de tu rencor; el que brota como una fuente de tus palabras y tus actos. El que lo emponzoña todo y hace que las personas solo quieran apartarse de tu lado.

(Pausa.)

MARCOS: *(Recapacitando.)* Hablemos, MARCOS. Hablemos. A mamá no le gustaría escuchar lo que has dicho.

ANDRÉS: *(Ríe.)* ¿A mamá? ¿Ahora recurres a mamá? Miserable...

MARCOS: ANDRÉS, no soy un asesino en serie. No exageres los términos. Recuerda que no estás actuando. Esto es la vida real.

ANDRÉS: ¿Qué digo miserable? Miserable es poco; eres el puto demonio...

MARCOS, *fuera de sí, lo agarra violentamente por el cuello de la camisa y levanta el puño.*

MARCOS: Estoy hasta los huevos de ti. ¡Cállate ya, coño!

ANDRÉS: Hazlo hermano, hazlo...

MARCOS *tiembla, debatiéndose entre las dos posibilidades, pero finalmente cede.*

(Silencio.)

ANDRÉS: Estuve limpiándole el culo a mamá durante dos meses enteros... llenándome las manos de mierda... La peiné, la maquillé, le leí cada día. A mamá le gustaba leer... ¿Sabes lo último que me pidió que le leyera? *(Pausa.)* La Biblia. Le leí la Biblia, MARCOS, la Biblia. Y mamá rezaba, como no había hecho nunca... Estaba muerta de miedo... No recordaba bien las oraciones... las que le enseñaron en la escuela cuando niña, pero aun así lo hacía, murmurando... Y yo la acompañé. Lo hice para que no pensase que por hacerlo estaba vendiendo sus valores, los que había esgrimido en vida. Recé con ella... Recé... por ella...

ANDRÉS *se levanta. El rostro de MARCOS lo dice todo.*

ANDRÉS: Hasta los grandes maestros tienen en ocasiones que pactar tablas con jugadores teóricamente inferiores. Tumban sus dos reyes *(Lo hace.)*, se dan un apretón de manos y salen juntos por la puerta.

MARCOS: *(Sin mirarle.)* Bobby Fisher ganó a Spassky porque este, desesperado, decidió abandonar.

ANDRÉS: *(Mirando a su hermano.)* En ese caso le felicito, señor Fisher: nuevo campeón del mundo.

OSCURO